1910

LOS CUENTISTAS

EGLOGAS

POR

Carmen de Burgos

: : : : : (Colombine) : : : : :

Ilustraciones de V. Carreres

15 cents.

Núm. 4.

Año I. 20 Agosto 1910. Núm. 4

Los Cuentistas

PUBLICACIÓN SEMANAL ILUSTRADA

Para lo concerniente á la parte literaria, dirijase la correspondencia á D. Diego Lopez Moya, calle Victoria, 11, pral.—Valencia.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Año: 7'50 pesetas. — Semestre: 4 pesetas.
Número suelto: 15 cents.
ANUNCIOS Á PRECIOS REDUCIDOS

Administración: FELIU Y SUSANNA. — Ronda de San Pedro, 36. — BARCELONA

A los noveles de mérito, á los valiosos inéditos, á esos que todavía no han podido engarzar en la revista ó en el libro las piedras preciosas de sus notables ingenios, LOS CUENTISTAS les brindan los números 6 y 12 del primer trimestre y correspondientes de los sucesivos, para que logren dar á conocer sus brillantes producciones.

COLABORACION

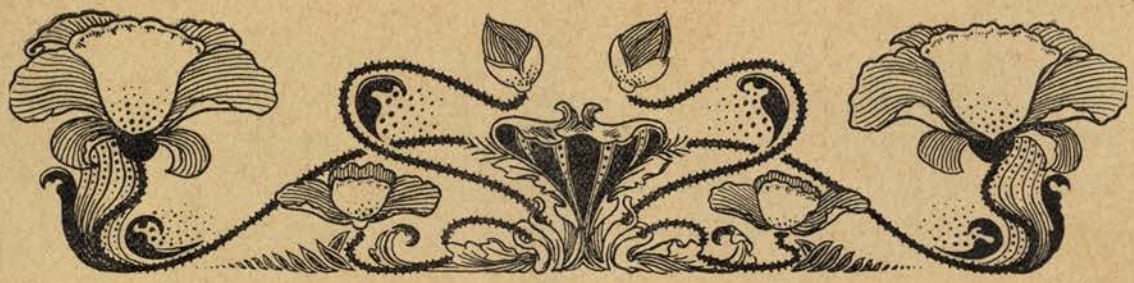
Colaborarán en LOS CUENTISTAS los célebres escritores Gómez de la Serna, López Moya, Zamacois, Trigo, Carmen de Burgos, López de Haro, Cijes Aparicio, Martínez Olmedilla y otros no menos notables.

Los dibujantes serán: Galcerán, Pertegás, Llácer, Risques, Castelao, Morellá, Bartolozzi, etc.

LOS CUENTISTAS Publicará en el próximo número : : : LA MÁS BUENA : : : : : : : : : por GUSTAVO VIVERO

Establecimiento tipográfico de FELIU Y SUSANNA. — Ronda San Pedro, 36 — Barcelona.

Original de 1916
36 €



Eglogas

Perillo Freniche adelantaba lentamente por la vereda, tan conocida para él, que desde el cortijo de los Frailes conduce al de Montano.

Aquellos dos cortijos eran los principales de toda la comarca. Dos inmensas estensiones de tahullas de secano; hermosas hazas, llanuras abancaladas, montes roturados hasta la cima y cañadas en cuyas laderas los macizos halates mantenían terrazgos hábilmente ganados para el cultivo.

Las dos fincas eran propiedad de los señores de Almería, los cuales rara vez iban á ellas, y las tenían entregadas á venteros, que gozaban fama de ser los más ricos labradores del campo de Níjar.

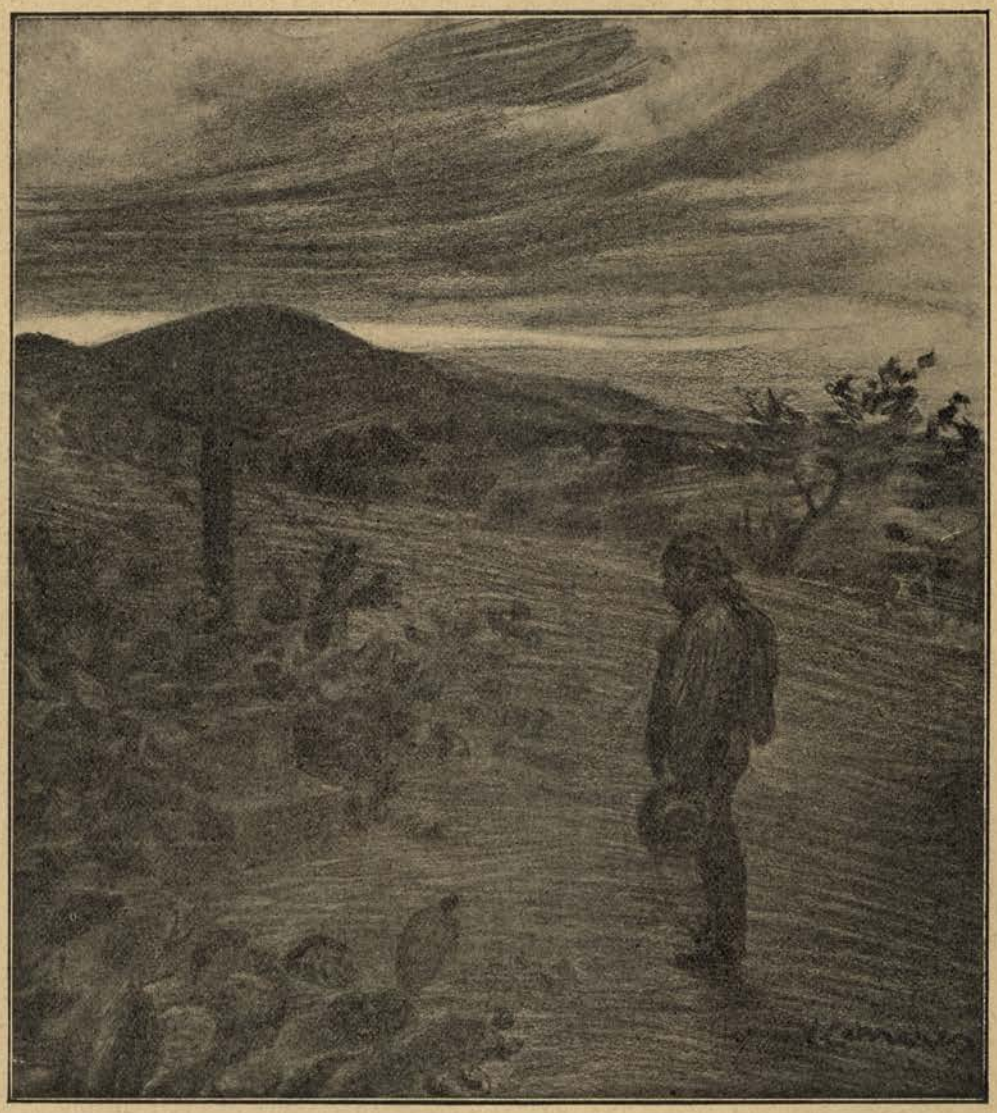
Perillo era hijo único de Juan Freniche, el aparcero de los Frailes; era un muchacho alto, moreno, guapo y codiciado por todas las mozas del contorno, pero al que no se le habían conocido más amores que los de Natalia, la hija mayor de Nicolás Chafino, el labrador de Montano.

Aquella tarde el muchacho caminaba pensativo, silencioso, con la cabeza inclinada y un velo de tristeza extendido sobre las rudas y acentuadas facciones. Al llegar á los linderos del camino que desde la meseta de las Carihuelas se dirige á Níjar, detuvo un momento el paso y se llevó la mano al sombrero. Una cruz de madera negra, toscamente construída, tendía los brazos al aire sobre un montón de menudas piedras; marcaba el sitio en donde murió sobre las janungas del mulo que la conducía la mujer de un labrador de Rodalquilar, cuando la llevaban al pueblo en

→ ☐ XXIV Feria Lib. ocasión Alm.
Mo/2006 → 10 € (BACSRC-1736)

busca de los auxilios de la ciencia. Los labios del joven murmuraron maquinalmente una oración, y amagándose, cogió una piedra y la arrojó entre las otras para dar testimonio de su plegaria, rindiendo así tributo á la vieja costumbre celtíbera, que vivía aún entre las montañas de aquel país de vándalos.

Tendió los ojos alrededor. La cruz, con los brazos tendidos, destacábase del fondo gris del crepúsculo, como implorando una oración ó una piadosa lágrima de los transeuntes. Daba la impresión de servir de morada al espíritu que abandonó en aquel sitio su investidura carnal, de seguir viviendo, de sufrir, esforzándose por perpetuar su recuerdo. Como si al caer rota por la tempestad ó quedar olvidada de los hombres se matase el ser que se aferraba con ella á la existencia, de manera parecido á los *dobles* egipcios. Entre el murmullo del aire apacible del campo, le pa-



recía oir un leve suspirar. Todo estaba desierto. El cortijo de su padre se había perdido á lo lejos en los repliegues del terreno. El campo, con la monotonía de sus ondulaciones, ostentaba la desnudez de las hazas de tierra labrada, negruzca á fuerza de tener jugos de vida y de requemados rastrojos.

Montano se divisaba en frente; aparecía enclavado en una especie de rotonda de tierra llana, circundada por cerretes. La gran casa de paredes blancas se destacaba del desierto panorama con un aspecto de abadía. Formaba tres grandes alas que rodeaban la extensa plazoleta, á la cual se subía por una rampa, desde cuyos extremos un muro de obra unía las alas laterales, formadas á la izquierda por pajares y trojes y á la derecha por las cuadras. Dos grandes bolas de yeso terminaban el remate del muro á los lados de la rampa, y sobre el centro de la pared del ala de enmedio, casa habitación de los labradores, lucía una cruz de piedra blanca sobre una peana en triángulo.

Detrás del cortijo se tendían los corrales, cuyas grandes tiradas de arco dejaban ver el comienzo de sus curvas, algo semejante á los claustros medioevales.

Frente á la puerta, la gran era empedrada mostraba la opulencia de las hacinas de espigas rubias, y en la parva tendida corrían airosas, bajo los látigos del trillero, cuatro pares de mulas que tiraban de dos trillos, mientras que varios hombres, armados de horquillas, revolvían los haces dorados de la miés á medio quebrantar.

Las patas, con brillante herraje, de las bestias, partían como cuchillos los troncos del trigo en láminas de oro, y desgranaban la dorada simiente del trigo, maciza de gluten, en un año ópimo para las sementeras.

Con las cabezas cubiertas por pañuelos de vivos colores, anudados sobre la nuca, en mangas de camisa, abiertas las pecheras, que dejaban ver los poblados florones del seno, los cortijeros trabajaban sin fatiga, entonando cantares vibrantes enmedio de su tarea.

Perillo los miró con tristeza; uno de los trilleros era Felipe Chafino, el mayor de los hijos del aparcero de Montano. Era el único fruto que éste tuvo de su primer matrimonio y el tiranuelo de la casa. Después de muchos años de viudez, el tío Chafino se había vuelto á casar y tuvo dos hijas de su nueva esposa, Natalia y Luisa. Toda la familia se llevaba como los ángeles, escepto con Felipe, siempre braveador, pendenciero. Se contaba de él que un día, resistiéndose un mulo asombradizo á pasar por una zanja, á pesar de los varazos y aguijones, se bajó del animal, y cogiéndole á brazo partido le arrancó de un bocado un pedazo de belfo. Cuando la pobre bestia cedió en su resistencia rebuznando de dolor, exclamó triunfante:

—¡A ver si me ganas á mulo!

Habían sido siempre muy amigos, mucho, y ahora le estaba prohibido ir allí. Era víctima de una fatalidad, de una historia negra.

Su amistad con la gente de Montano databа desde la infancia. Aquella tarde recordaba sus encuentros con las dos muchachas del cortijo vecino, cuando en los años de sequía iban á llevar agua del algibe situado en el límite de la linde de las dos fincas. Desde entonces, él, á pesar de los regaños y palizas de su padre, llevaba siempre á pastar cerdos ó borreguillos por el lado de Montano, y las chiquillas iban á acompañarle en sus juegos.

La primera amiga fué Luisa. Natalia estaba en la ciudad con las señoras.

Luisa era delicada, frágil, quebradiza, rubia; con un rubio pálido, de trigal, ojos azules y tez de azucena, levemente dorada por el sol. Un día oyó decir en su casa que un médico de la ciudad aseguraba que aquella niña moriría cuando cayesen las hojas de los árboles. Desde entonces sintió un gran amor por ella; iba á buscarla á su cortijo y la llevaba con él al campo, para obsequiarla con flores, pajarillos y nidos de riblancas.

Sentía una gran angustia al verla cansada, pálida, toser y manchar los labios reque-

rizos de espuma roja. Entonces extendía su chaquetilla sobre las piedras y la hacía sentarse, mientras le cogía campanillas y amapolas para que hiciese guirnaldas.

Algunas veces el muchacho sentía impulsos de arrodillarse ante la niña; con su refajito rojo, su almilla negra y sus rizos de lino maduro, coronados con diademas de campanillas azules y rosa de las corregüelas, parecía una virgencita escapada del altar.

Todas las mañanas, al pasar próximo á una pequeña cerca de piedra que rodeaba dos almendros y algunos nogales, frente á la puerta del cortijo de Montano, y que recibía el pomposo nombre de *El Huerto,* miraba con miedo los únicos árboles, llenos de blancas florecillas que había en toda la comarca. Las hojas empezarían pronto á caer. Le parecían granos de arena del reloj de la vida de su amiguita.

Por fortuna las predicciones de la ciencia no se cumplieron. El dulce cariño de Perillo obró un milagro en la pobre criatura, que languidecía de falta de ternura, como las plantas que se marchitan sin sol.

Con el otoño volvieron los colores á las mejillas juveniles de Luisa. Crecía y se desarrollaba rápidamente, tanto, que la madre creyó prudente prohibir las salidas al campo.

Los dos adolescentes continuaron viéndose. El iba con frecuencia al cortijo y la acompañaba á los bailes los días de fiesta. Por entonces llegó Natalia de la ciudad. Era un tipo opuesto á su hermana: pequeña, regorde-

ta y morenilla; tenía labios gruesos, que recordaban con su aterciopelado el fresco jugo de las cerezas dulces, y ojos del color de las moras maduras, profundos y sombríos, con ese enigma misterioso del mirar de las gitanas. Desde entonces Perillo conoció que su vida se decidía. Amaba á Luisa dulce y tiernamente, con amor de hermana, virginal, sin deseos, y á Natalia con una pasión tiránica, avasalladora, torturante. La muchacha, á su vez, le correspondía con el mismo ardor. Ambas familias no tardaron en darse cuenta de aquel cariño, muy del agrado de todos desde el punto de vista de la conveniencia, y después de cuatro años de noviazgo empezaban á hablar de matrimonio para fines de verano.

Luisa nada había dicho al ver la elección de Perillo. Siempre triste, seria, muda y pálida, apenas salía de su casa, negábase á ir con su hermana á las fiestas y parecía absorta en un arrobamiento místico. Los mozos de las cercanías que solicitaron su amor no fueron afortunados. La muchacha se negaba á tener novio. A los ojos de su madre y á los celosos de Natalia no se escapaba del todo su secreto. Natalia sufría con las contínuas muestras de cariño que Perillo tenía para su hermana. Sus obsequios eran siempre dobles. Luisa parecía vivir sólo del reflejo de aquel amor, paciente, resignada, como si esperase.

La noticia de la boda de Natalia la hizo más sombría; en sus ojos azules hubo una luz fosfórica; una roseta de calentura coloreó las mejillas y los labios rojos como flores de sangre resaltaban sobre el alabastro del rostro.

Un cambio de situación en Perillo vino á dificultar sus planes. El tío Juan Freniche y el amo del cortijo de los frailes habían tenido algunas desavenencias que obligaron al primero á dejar su arrendamiento y retirarse á vivir en una casita del vecino Pozo de Hernan Pérez.

La familia de Chafino vió aquello con desagrado. Era un cambio de posición que no les convenía para su futuro yerno. De ser uno de los labradores más ricos del contorno pasaba á la situación de simple jornalero. Aquello no era lo que le convenía á una muchacha como Natalia, solicitada por todos los mozos del lugar.

Empezaron riñas y disgustos en la familia, pero Natalia supo imponerse con firme decisión. Jamás por una desgracia así dejaría á su novio. Los padres y el hermano no se atrevieron á insistir, y los preparativos de la boda continuaron, si bien á regañadientes y con dilaciones y retardos. La única que estaba de parte de su hermana era Luisa. Natalia llegó á arrepentirse de sus sospechas, sin adivinar el gran amor que aquella protección encerraba. Si Perillo no iba á ver á su hermana, Luisa no lo vería tampoco; ¡y ella necesitaba verle para vivir!

Pero una fatalidad pesaba sobre aquellos amores; á la desgracia se había unido el escándalo. Desde que la familia Freniche vivía retirada en su casita del Pozo de Hernan Perez, no tenía más servidores que una criada, una muchacha de Níjar, alegre y hacendosa, que llevaba el cuidado de la casa, puesto que la madre de Perillo, la tía Josefa, baldada de reuma, apenas podía dejar el lecho. Toda la familia Freniche miraba á la moza como si fuese un indivíduo más de ella. Un día la gente empezó á murmurar. Aquella criatura estaba en cinta, se le conocía por más que se sujetaba, procurando ocultarlo. Llegó el momento de no poderlo ocultar más. Una noche

la joven dió á luz un robusto muchacho cuyas facciones se asemejaban á Perillo de una manera sorprendente. Era indudable que el mozo era el padre de la criatura.

A Frasca no se le conocía novio ni allí iba

—¡Pe... Peri... llo!

Y Perillo, ante el rostro sombrío de su padre y la expresión angustiada de su madre, no se atrevió á desmentirlo. El tenía la certeza de que aquel chico era hermano suyo.

jamás nadie. Cuando la pobre inválida asustada y temblando de cólera, le preguntaba ansiosa:

—Dí ¿quien es el padre?

Frasquilla acertó sólo á tartamudear:

La tía Josefa sintió que se le abrían las entrañas en amor hacia el niño que creía su nieto, y abrigó el deseo vehemente de casar á su hijo con Frasca, la cual, por su parte, parecía dispuesta á aprovechar la ocasión. El

mismo tío Freniche asentía gustoso, quizás dudando de su paternidad ante la resignación del hijo. Perillo se indignó. ¡Qué abuso! Le

contenía el respeto á su madre para no estallar. El amaba á Natalia más cada día. El único medio que se le ocurrió para librarse de aquel infierno fué el de adelantar su boda.

Cuando llegó á Montano le dijeron que Natalia no estaba en el cortijo. La tía Rosa, su madre, le anunció severamente la decisión de que no volviera más por allí. Después de lo sucedido Natalia no lo quería.

A pesar de todo, el joven intentó volver. Esta vez fué Felipe el que le recibió; ¡Cielo santo lo que tuvo que aguantar! ¡Cómo abusó aquel bravucón de su paciencia y su amor á la hermana para insultarlo!

—No vuelvas por aquí si no quieres que te ponga el mondongo al sol. Mi hermana es de mejor casta que tú. Vete á cumplir con quien tienes la obligación.

bravucón que le cerraba el paso no fuera hermano de Natalia!

Aquella tarde había salido de su casa resuelto á jugarse la vida con tal de ver á su novia. Esperó sentado al pie de la cruz que cerrara la noche; poco á poco cesaron todos los ruídos del campo. Lo envolvían las tinieblas, el cielo estaba negro y anubarrado; sólo el candil de la casa de los Chapinos bri-

Salió tambaleándose, y al pasar por frente á la era creyó distinguir el rostro pálido de Luisa que le hacía una seña amistosa.

¿Y Natalia? ¿Qué pensaría? Necesitaba verla, contarla toda la verdad, oir de sus labios la sentencia.

Los días pasaban angustiantes, entre el martirio de su casa y el anhelo de su amor.

Sabía que iban otros jóvenes á Montano y experimentaba unos celos rabiosos. ¡Si aquel

llaba entre la obscuridad como un faro lejano.

Al mediar la velada oyó cantar en el camino. Sin duda iban tres ó cuatro mozos desde Montano hacia el lugar donde él estaba. Todos venían cantando. Escuchaba á lo lejos el eco de las coplas entonadas por voces diferentes.

Con el pecho ansioso se ocultó, tendiéndose en una zanja detrás del montón de pie-

dras. Aquel canto tenía algo de extraño. No se escuchaban los pasos de los cantores. Al cabo de un rato cruzó por su lado un hombre. Perillo lo reconoció. Era Felipe. Iba solo hacia la Hortichuela y cantaba fingiendo con el cambio de voces que le acompañaban otras personas. Lo que hacían los mozos cuando tienen miedo de andar solos por un camino. ¡El valiente! En cuanto se perdió á lo lejos, Perillo se alzó resuelto. Iba á Montano y hablaría con Natalia. Cuando se aproximó al cortijo, todo estaba en silencio; los mozos dormían cerca de la era descuidados, y los perros, que lo conocían como de la familia, no se levantaron á su paso.

El joven dió la vuelta á la casa y tocó suavemente con los nudillos en la tabla de una ventana. Parecía que lo esperaban dentro según lo poco que tardó en abrirse el postigo y aparecer la cabeza de Natalia, despeinada, con el seno y los brazos mal ocultos bajo el mantoncillo, con el cual intentaba cubrir su desnudez.

—¡Pedro!

—¡Natalia!

La dicha de verse les hizo enmudecer.

—¿A qué has venío?—preguntó procuranée fingir enojo la joven.

—A verte, Natalia de mi alma—repuso él con voz apasionada—porque no puedo vivir sin tí.

—¿Y tiés valor de decirme eso?

—¿Qué quiés que te diga?

—¿Pero te piensas que no sé lo que ha pasáo?—objetó arisca la muchacha.

—Oyeme, Natalia: quiero decirte la verdad, la verdad pura. Te juro por tú salú, por mi vida, por mi madre, que no te voy á mentir.

Su acento era de una honradez sincera.

—Habla—respondió ella brevemente, sintiendo recorrerle la espalda una sensación de frío con el miedo de oir una terrible verdad.

—Ese niño, Natalia, es... es...—y el joven bajó la voz—es mi hermano.

—¿Qué dices?...

—La verdá, la verdá, que no lo puedo decir á toos... porque mataría á mi madre... á mi pobre viejecica, ¿comprendes?

—Sí.

—¿Y me crees?

—Sí—repitió con noble firmeza la joven.

—¡Bendita seas!

Aquella explosión de alegría pareció volverles á la realidad.

—No vengas aquí—dijo ella: mi hermano...

—¡Qué me importa!—repuso con un encogimiento de hombros Perillo.

—Tu no te pues pelear con él, es mi hermano—objetó la muchacha.

—¡Es verdad!—repuso él convencido, y continuó rebelde.

—Pero yo te quiero, te quiero, y esto no pué seguir así.

—¿Qué hacer?—preguntó Natalia.

—Casarnos—repuso brevemente el mozo.

—¡Casarnos!—repitió ella con tristeza—pero olvidas que mi familia no quiere... ni la tuya... y que esa mujer entrará en la iglesia con el niño en brazos y dirá que es tu hijo... y....

Los sollozos ahogaron su voz y apoyó desesperada la frente contra el marco del ventanillo.

—Pos mira—dijo él resuelto, si me quieres, ninguna falta hace casarnos.

—¡Cómo!

—¡Vente conmigo!

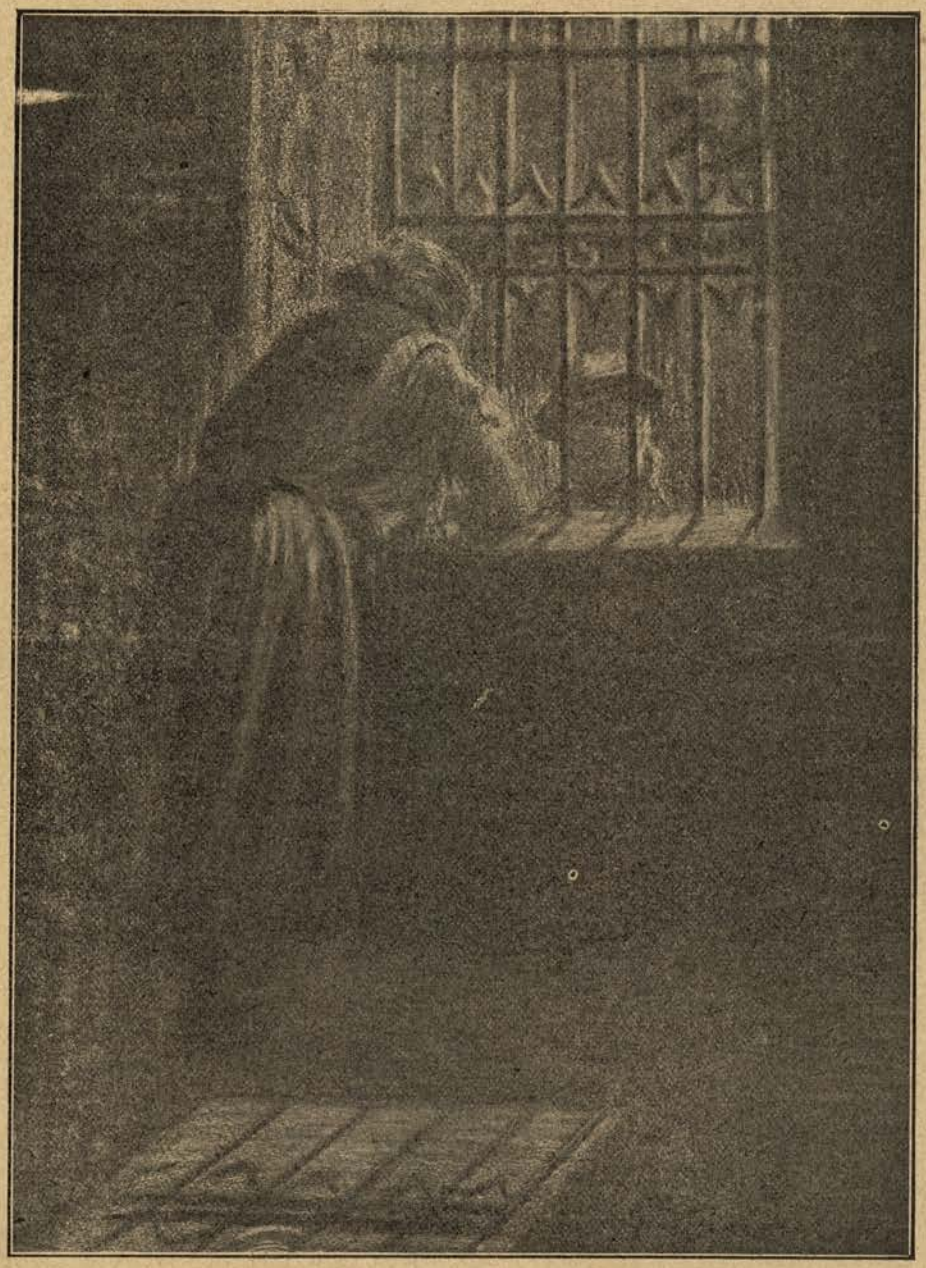
No se indignó ella. Eso era allí cosa admitida en las mozas, aunque no entre la aristocracia de labriegos, á la cual ella pertenecía.

Reflexionó un momento Natalia, y al fin respondió:

—¡Tiés razón!

—¡Anda!

—Esta noche no puedo.



—¿Por qué?

—Mi madre tiene la llave.—Pero añadió con decisión: yo la tendré mañana.

—Mira que vengo por tí—dijo él con esperanza.

—Ven—repuso con firmeza la muchacha.

—¿No te arrepentirás?

—No.

—¿Me lo prometes?

—Te lo juro por estas cruces.—Y dió un beso sobre el pulgar cruzado con el índice de su mano derecha. Después añadió: No vengas hasta aquí. Espérame delante del huerto...

—¡Natalia de mi alma!—murmuró ébrio de júbilo.

—¡Vete ahora! ¡Tengo miedo!

—¿Así?—preguntó él con zalamería.

Sonrió ella en la obscuridad.

—¡Un beso!—susurró la voz del joven.

En el silencio de la noche sonó un beso largo, largo, hambriento... Y el ventanillo se cerró presuroso. El leve ruido de la madera apagó un suspiro, un sollozo, y una sombra blanca se deslizó hasta el cuarto vecino, escondiéndose en el lecho. Natalia, temerosa de haber sido oída, se adelantó hacia la puerta y llamó dulcemente:

—¡Luisa!

Y como nadie la respondiera, se arrebujó en su lecho llorando de miedo y de felicidad.

* * *

El día se deslizó lento y triste. Luisa se sentía peor y no pudo dejar el lecho. Natalia iba de acá para allá ocupada en sus tareas, sin poder reprimir las lágrimas que, rebosándole del corazón, asomaban á los ojos.

Por amor á un hombre, iba á dejar todos aquellos sitios queridos, la ternura de los suyos, sus costumbres, la vida toda de los hermosos días de inocencia. Se lanzaba á una nueva vida incierta; iba á penetrar en una senda desconocida, dejando en sus comienzos la vestidura de virgen.

Entretanto Luisa gemía en el lecho desesperada. Lo había oído todo. La última esperanza de su amor se desvanecía. No le quedaba ni el consuelo de estar cerca de Perillo después del rompimiento de la familia. Además, ella no tendría fuerzas para presenciar la dicha de su hermana. Aquel beso de la noche antes le martilleaba en las sienes y le oprimía el corazón. ¡Cuánto hubiera dado por recogerlo en sus labios ardientes!

Conforme avanzaba la tarde, su desesperación crecía, su pasión se exaltaba hasta la locura. No era posible que ella consintiese aquella dicha que la condenaba á los tormentos del infierno.

Por un momento pensó en llamar á Natalia y contárselo todo. ¿Le haría caso su hermana, por ventura? ¿Se burlaría de ella? ¿Cómo no había adivinado durante tantos años el sufrimiento que la mataba? Los celos se revolvían en su pecho con llamaradas de odio. Odio á Natalia, odio á Perillo.

Su hermana no lo quería como ella, estaba segura: era una costumbre, un hábito, no una vida cifrada en un amor desconocido. ¡Oh! ¡Lo prefería mejor muerto que en brazos de otra! ¿Acaso ella no iba á morir pronto? Para contestar á su pregunta, una oleada de sangre salió á sus labios y manchó la blancura de la sábana.

Cerró los ojos para no ver aquella sangre. ¡Vida, juventud que se le escapaba!... la envolvía una nube roja.

Sintió que una mano ruda le acariciaba

los cabellos. Su hermano Felipe estaba allí cerca de ella. El gigantón no tenía ternura más que para aquella niña y para su madrastra.

—¿Qué tienes pequeña?—le preguntó.

Luisa rompió á llorar, y como si no quisiera darse cuenta de la infamia que cometía, deseosa de librar su corazón del peso que le ahogaba, enlazó los brazos al cuello de su hermano y le musitó al oído:

—Esta noche Natalia se escapa con él, con Perillo... la espera en el huerto.

No pudo seguir. La sangre coloreó de nuevo sus labios y se desvaneció en brazos de Felipe, que la besaba frenético llamándola por los nombres más dulces.

***

Después de cenar, todos los hombres de la casa fueron saliendo á la era provistos de mantas para pasar la noche, Natalia se retiró á su cuarto, pero antes llegó á la cama de su hermana. Se iba á despedir de ella. Tal vez no la vería más. La besó con ternura, procurando ahogar los sollozos. Luisa abrió los ojos azules, aletargada por la calentura; conoció á Natalia y murmuró:

—No, no; avísale que no venga...

—¿Qué dices?—preguntó estupefacta Natalia.

—Vamos, vamos; no despiertes á Luisa,—interrumpió en la puerta Felipe; y añadió dirigiéndose á ésta:—A descansar; buenas noches, pequeña.

***

Un momento después, Felipe y Rosa estaban solos en la sombría cocina; por la entreabierta puerta de la calle penetraban silbando ráfagas de viento que hacían oscilar la luz y prolongaban de un modo fantástico las sombras.

—Escucha Rosa,—dijo el joven á su madrastra.—Tu hija Natalia se escapa esta noche con Perillo. ¿Sabes?

Sin darle tiempo á que hablara, le reveló todo el plan recogido de los labios de la moribunda.

Montó en cólera la mujer, ¡el infame, el malvado! Quería quitarle una hija cuando por culpa de él se moría la otra.

—¿Qué dices?—interrumpió Felipe.

Entonces Rosa, silbando de odio, se lo contó todo. El secreto adivinado de aquella pasión de muerte para su hija más querida, la hija de la pasión, del incesto. ¡La hija de los dos! El le puso la mano en la boca para que callara, y muy cerca el uno del otro, hablándose al oído, tramaron su plan de venganza.

***

Mediaba la noche en el cielo sin luna, brillaban las constelaciones, y las nebulosas de la Vía Láctea se extendían como un palio rajando el azul.

Era la hora convenida. Natalia abrió la puerta de comunicación con los corrales y penetró en ellos; quería evitar su paso por la era: Atravesó entre el ganado y los perros, que le lamían sumisos las manos, y salió al campo.

Por un momento se detuvo indecisa; al fin, dando una última mirada al cortijo, en-

vuelto en sombra, avanzó con decisión, sin volver atrás la cara, arrastrándose casi á gatas por la tierra, en dirección al huerto, cuyo verdor se acentuaba en los contornos de la noche, como un borrón entre las sombras. En el cortijo abierto no quedaba nadie más que Luisa, postrada en el lecho con el sopor de la calentura.

***

Poco antes de llegar, Natalia se detuvo sorprendida. Creyó oir el rumor de unas voces apagadas, y sus ojos de campesina distinguieron un bulto detrás de las chumberas. ¡Alguien acechaba á Perillo!

Temblando de miedo sintió impulsos de retroceder, de ocultarse; pero el amor le dió fuerza. No tenía duda de que un peligro amenazaba á su amante. Debía procurar pasar sin ser vista y detenerlo antes de que llegase allí. Vendría por el sendero de los Frailes. Despacio, arrastrándose, con las faldas sujetas á la cintura, balanceando las manos tendidas en el aire para guardar el equilibrio, la infeliz avanzaba procurando apagar el ruido de sus pisadas y de su respiración. Algunos momentos se oprimía el corazón con las manos, temerosa de que se oyese el martilleo que la aturdía.

Escuchó unos pasos. Por el camino avanzaba un hombre; venía de prisa y llegaría antes de que ella pudiera salirle al encuentro.

Entonces quiso gritar, avisarle, pero la voz no la obedecía, las rodillas se le doblaban. Vió lanzarse á los que acechaban sobre el recién llegado; la débil claridad de las estrellas se retrató sobre una hoja de acero. Un grito de agonía resonó en la paz del campo, y una voz de mujer henchida de odio, animaba al asesino repitiendo:—¡Métele otra puñalá! ¡Métele otra!

La hoja de acero brilló varias veces en el aire. Natalia no tuvo duda. ¡La voz de su madre! El horror le dió fuerzas para gritar:

—¡Perillo!

Nadie respondió:

Entonces desolada, vacilante, avanzó unos pasos. Vió á los asesinos huir en dirección contraria... Otros pasos más... Tropezó con un cuerpo.

—¡Perillo!

Lo distinguía bien á la luz de la luna que conservaba su ascenso en el horizonte. Se inclinó sobre él, y un líquido caliente le humedeció las manos. ¡Sangre!

Llamó desesperada.

No le respondió ninguna voz. Su novio estaba muerto.

La desdichada abrazó aquel cuerpo inerte, colmándole de besos y caricias. Tan pronto sus manos buscaban piadosas la herida para atajar la sangre, como le acariciaba la cabellera ó lo acunaba con amor en sus brazos.

—¡Perillo! ¡Pedro! ¡Mi vida!

—¡Mi amor! ¡mi alma!

—¿Tu alma? No. La mía, que yo mesma he destrozao...

Luisa envuelta en una sábana blanca, con la cabellera suelta, temblando de fiebre, estaba allí cerca de ella.

—¡Perdóname! Venía á salvarlo... Llego tarde—susurró.

—¡Infame!—exclamó Natalia comprendiéndolo todo.

Un rayo de odio escapó de las pupilas de las dos hermanas, mientras que de rodi-

llas, junto al cadáver, lo acariciaban tiernamente murmurando casi á un tiempo mismo.

—¡Pedro!

—¡Pedro!

—¡Mi alma!

—¡Mi alma!

Carmen de Burgos
(Colombine)

Librería de FELIU Y SUSANNA

RONDA SAN PEDRO, 36.—BARCELONA

ROBERTO GRIMSHAW, Ingeniero

El Moderno Constructor Mecánico

Procedimientos y manipulaciones de general aplicación en los talleres de Norte América

Traducción directa del inglés por D. EMILIO LOZANO Ingeniero Industrial

Un tomo de más de 320 págs. tamaño 16 × 22 c/m. con 222 grabados. — En rústica: **6 ptas.**—Encuadernado, con relieves: **8 ptas.**

Desde hace algún tiempo, la industria metalúrgica de Estados Unidos ocupa un lugar que algunos encuentran inquietante para la europea. A pesar de lo elevado de los salarios, puede, en bastantes casos, expender en nuestro continente sus productos mecánicos en mejores condiciones de economía que los fabricantes del país.

Además, en máquinas cuya capacidad no permitía esperarlo, hace piezas de tamaños excepcionales, y realiza operaciones especiales en aparatos cuyo destino era diferente en absoluto; fresa en el torno, la perforadora ó la acepilladora, etc., etc.—Por todas estas razones, nos ha parecido no ya útil, sino necesario, dar á conocer al público europeo los procedimientos especiales, los recursos empleados en América, y al efecto hemos traducido la obra americana más apreciada: el que la firma, ingeniero experimentado y autor de numerosos libros y artículos relacionados con esta importante rama de la industria, es hoy universalmente conocido.

MECANICA DE TALLER

Procedimientos y manipulaciones de general aplicación en los talleres de Norte América

Traducción directa del inglés por

D. EMILIO LOZANO, Ing. Ind.

Un tomo de más de 320 págs., tamaño 16 × 22 c/m., con 593 grabados.—En rústica, 6 ptas.—Encuadernado con relieves, 8 ptas.

Para dar una idea de lo que es este libro, complemento indispensable de «EL MODERNO CONSTRUCTOR MECANICO», lo mejor que podemos hacer es enumerar los capítulos que le componen, ya que, por conocer todo el mundo la maestría con que el ingeniero Grimshaw trata estas cuestiones, sobran los elogios.

I. Tornos. II. Accesorios de los tornos. III. Herramientas para el torno. IV. Campanas ó topes, mandriles y garras. V. Fresado. VI. Acepillado. VII. Perforado VIII. Terrajas. IX. Afilado, rodaje. X. Medidas, calibres, compases, etc. XI. Alisadores. XII Herramientas. XIII. Punzones y matrices. XIV. Transmisiones. XV. Engranajes. XVI. Lubrificación. XVII. Temple del acero. XVIII. Fundición. XIX. Dibujo. XX. Bombas, prensas hidráulicas y aventadores. XXI. Procedimientos varios.

H. T. BROWN, Ingeniero

TRATADO PRÁCTICO DE MECÁNICA

ILUSTRADO CON

677 movimientos mecánicos

PRIMERA VERSION ESPAÑOLA

por D. EMILIO LOZANO, Ing. Ind.

Forma un elegante volumen de cerca 400 páginas, ilustrado con 677 figuras.

Encuadernado rústica con cubierta pergamino . . 5 ptas.
» tela inglesa. . . . . 6 »

Hasta la fecha se había sentido en España y en todos los países que usan nuestro idioma la necesidad de poseer una colección comprensible de dibujos y descripciones en la que pudiese el inventor, el industrial y el artesano aplicar el adecuado movimiento á sus aparatos industria ó arte.

Es el nuestro, pues, un libro práctico, al alcance de todas las inteligencias y el único en su clase publicado hasta la fecha en idioma español.

A. G. Seavy.—R. Grimshaw.—Ings.

Manual Práctico del Tornero Mecánico

Tratado escrito en presencia de las mejores obras consagradas al

Torneado y roscado de los Metales

Forma un elegante tomo ilustrado con **135 grabados**

Encuadernado rústica. . . . **4 ptas.**
» en tela inglesa. **5 ptas.**

ÍNDICE DE MATERIAS

1.ª Parte: De las principales voces técnicas empleadas en el arte del tornero.—**2.ª Parte:** Del torno y sus aplicaciones: Tipos de torno. Herramientas; etc., etc.—**3.ª Parte:** Del cálculo de las ruedas para el roscado; Tablas de comprobación para el roscado con cuatro ruedas; Tablas para roscar á diferentes diámetros; etc., etc.—**4.ª Parte:** De las aplicaciones prácticas del torno en América.

Cómo se hacen y emplean LOS COLORES

por Don Eduardo de Miquel, perito químico

Este **tratado práctico de los colores** es la primera obra de este género que se ha publicado en España. Es inútil ponderar la inmensa importancia que tiene la misma para los que se dedican al arte del colorido y al empleo de los colores.

Un tomo elegantemente encuadernado, 3 ptas.

Manual práctico del Montador de Máquinas

por D. EMILIO LOZANO, Ingeniero industrial

Un gran volumen de 320 páginas, con 191 grabados. Rústica, **6** ptas. Encuadernado en rica tela inglesa, **8** ptas.

Estas obras pueden pedirse directamente en nuestra Librería ó por medio de los corresponsales de España y América. En España podrá remitírsenos el importe de las mismas en libranzas giro mútuo ó sellos de correo, añadiendo al precio de la obra 50 céntimos por gastos de franqueo y certificado.

Librería de Feliu y Susanna—Ronda de San Pedro, 36.—BARCELONA.

OBRA NUEVA **Tratado práctico de Electricidad Industrial**

Un tomo de 320 páginas. . 8 pesetas

W. J. WHITNEY, Ingeniero electricista.

OBRA NUEVA **Única en su clase publicada en idioma españo**

Curso de Aviación

Historia retrospectiva de la navegación aérea por lo más pesado que el aire.
Técnica de la aviación.—Construcción de aeroplanos
Caracteristicas, dimensiones y detalles de todos los modelos existentes, &

POR

D. GASPAR BRUNET Y VIADERA, ING. IND.

Indice de las materias que contiene la obra

Historia de la Aviación

I. **Los precursores.**—La aviación en la antigüedad.—Leonardo de Vinci.—Besnier.—Blanchard.—El primer helicóptero.—Degen y Henson.—Letour.—De Bris.—Pájaro de Penaud.—Algunos helicópteros.—Los primeros aeroplanos.—**Los héroes.**—Maxim.—Phillipps.—Langley.—Pilcher.—Lilienthal.—Ader.—Hargrave.—**Los ejecutores.**—Chanute y Wright.—Ferber. Santos Dumont.—Ensayos de Voisin, Archdeacon, etc.

Técnica de la Aviación

II. Resistencia del aire.—Fórmulas de resistencia ortogonal. Diversas cifras obtenidas.—Experiencias de Eiffel.—Coeficientes según la forma de los cuerpos.—División de los aparatos voladores.—Ornitópteros y Ornitoplanos.—Helicópteros y helicoplanos.—Aeroplanos.—Efecto del aire sobre un plano inclinado.—Componentes F y H.—Experiencias de Rateau.—Explicación de la sustentación y fórmula de la misma.—Efecto del alargamiento y efecto de la curvatura.—Coeficiente K.—Posición del centro de presión.—Forma de las superficies sustentadoras.—Efecto de cerrar los extremos.—Calidad de las superficies.—Ensayo y construcción de las mismas.

Detalles y construcción de aeroplanos

III. Estudio general del aeroplano.—Sustentación.—Resistencia al avance.—Condición de equilibrio estable.—Aeroplanos sin motor.—Vuelo planeado.—Tipos de planeadores.—Sistemas de lanzamiento.—Motor exterior.—Aeroplanos con motor.—Equilibrio longitudinal.—Aplicaciones del cálculo gráfico.—Timones y colas.—Estabilidad longitudinal automática.—Maniobra indirecta.—Estabilidad transversal.—Condiciones de equilibrio lateral.—Disposiciones de forma.—Mecanismos automáticos.—Condiciones de marcha.—Marcha á mínima tracción.—A mínimo trabajo.—Estabilidad de ruta.—Resúmen de las condiciones de buen funcionamiento de un aeroplano.—Fórmulas prácticas de ejecución.

La hélice aérea

IV. Hélices.—Cálculo.—Trazado.—Ejecución.—Colocación de las mismas.—Detalles constructivos.—Aterrisajes.—Dirección, etc.—Descripción de los biplanos Wright, Voisin, Farman, etc.—Descripción de monoplanos.—Porvenir de los aeroplanos.—Potencia posible.—Hidro aeroplanos.—Aparatos accesorios.—Indicadores.—Anemómetros, engrase, etc.—Motores empleados.—Cálculo de la potencia.—Sistemas diversos.—Descripción de algunos tipos de motores.—Práctica del vuelo.—Precauciones—Ensayos.

Un elegante tomo de más de 500 páginas tamaño 18×25 centímetros, ilustrado con más de 300 grabados (fotografías, planos, gráficos, etc.; encuadernación rica tela inglesa con relieves en oro, blanco y negro.

Precio 12 pesetas.

Esta obra puede pedirse en todas las Librerías de España y América ó directamente á *Feliu y Susanna*, Ronda San Pedro, 36—Barcelona. añadiendo al precio de la misma 50 céntimos por gastos de franqueo y certificado.